

Bob Jessop

El Estado

PASADO, PRESENTE, FUTURO

Prólogo de Juan Carlos Monedero
Traducción de Carlos Valdés García

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alejandro Villar

Vicerrector
Afredo Alfonso

Bernal / Buenos Aires, 2019



prometeo
Libros

Jessop, Bob

El Estado: pasado, presente, futuro / Bob Jessop; prólogo de Juan Carlos Monedero.- 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo, 2019.
352 p.; 23 x 15 cm.

Traducción de: Carlos Valdés García.
ISBN 978-987-558-613-0

1. Estado. 2. Teoría Del Estado. 3. Marxismo. I. Monedero, Juan Carlos, prolog. II. Valdés García, Carlos, trad. III. Título.
CDD 320.101

In memoriam, Josef Esser (1943-2010)

Traducción de Carlos Valdés García

Revisión de la traducción: Miguel Ramírez Santillán y Francisco Sanz Esteban

Revisión técnica final: Juan Carlos Monedero

Título original: *The State. Past, Present and Future*

© Bob Jessop, 2014

© Polity Press, Ltd., Cambridge, primera edición, 2014

© Los Libros de la Catarata, primera edición en castellano, 2016

© Universidad Nacional de Quilmes / Prometeo Libros, 2019

Universidad Nacional de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352

(B1876BXD) Bernal, Buenos Aires, Argentina

ediciones.unq.edu.ar

Prometeo libros

Pringles 519/521

(C1183AE1), Buenos Aires, Argentina

prometeoediciones.com

ISBN: 978-987-558-613-0

Queda hecho el depósito legal que marca la Ley N° 11.723

Impreso en Argentina

ÍNDICE

PRÓLOGO. LOS LABERINTOS DE BORGES Y LA IMPOSIBILIDAD
DE UNA TEORÍA DEL ESTADO, por Juan Carlos Monedero 9

PREFACIO 33

1. INTRODUCCIÓN 37

PRIMERA PARTE. EL ESTADO COMO CONCEPTO, RELACIÓN Y REALIDAD

2. EL CONCEPTO DE ESTADO 53

3. EL ESTADO COMO UNA RELACIÓN SOCIAL 97

4. PODER, INTERESES, DOMINACIÓN, EFECTOS DEL ESTADO 144

SEGUNDA PARTE. SOBRE TERRITORIO, APARATO Y POBLACIÓN

5. EL ESTADO Y EL ESPACIO-TIEMPO 181

6. ESTADO Y NACIÓN 209

7. GOBIERNO Y GOBERNANZA A LA SOMBRA DE LA JERARQUÍA 227

TERCERA PARTE. PASADO Y PRESENTE (FUTUROS) DEL ESTADO

8. EL MERCADO MUNDIAL Y EL MUNDO DE LOS ESTADOS 255

9. DEMOCRACIA LIBERAL, ESTADOS DE EXCEPCIÓN Y LA NUEVA NORMALIDAD 281

10. EL FUTURO DE LOS ESTADOS Y LA ESTATALIDAD 312

BIBLIOGRAFÍA 327

ÍNDICE ANALÍTICO 345

ÍNDICE ONOMÁSTICO 350

PRÓLOGO

LOS LABERINTOS DE BORGES Y LA IMPOSIBILIDAD DE UNA TEORÍA DEL ESTADO

En los *Quaderni del carcere* Gramsci identificó la existencia de una diferencia fundamental entre la lucha política y la lucha ideológica. En la lucha política, deberíamos atacar al enemigo en sus puntos más débiles; en la lucha ideológica, atacamos al enemigo en su punto más fuerte.

Bob Jessop¹

EXCUSATIO NON PETITA...

Bob Jessop no necesita prólogos al uso. Su obra no permite resúmenes (el mejor resumen está en los cuadros que acompañan este libro. Reclaman su tiempo: son anteojos para percibir lo que no se ve a simple vista) ni su persona presentaciones que vayan más allá de decir que es uno de los ejemplos más completos de académico británico y, seguramente, el teórico del Estado marxista más reputado en las ciencias políticas contemporáneas. Por eso, lo más sensato, como siempre, es saltarse este prólogo y empezar con el libro. Para que no todo sea inútil, me permito recomendar empezar por la tercera parte, por los capítulos 8, 9 y 10. No es una invitación caprichosa. Jessop no es sencillo, y en esos capítulos despliega su capacidad analítica en asuntos más conocidos y cercanos. Ahí uno deseará tener acceso a esas gafas con las que mirar temas tan intrincados y se cargará de razones para asumir el reto. Será el momento de regresar a la introducción. Si las cosas empiezan a ponerse difíciles, pueden hacer un descanso con este prólogo, coger fuerzas y empezar con el capítulo 1. Sin prisas y sabiéndose que un libro que recoge

1. Bob Jessop, entrevista con Juan Carlos Monedero y Carlos Prieto del Campo, en: <<http://www.publico.es/opinion/renovacion-pensamiento-gramsci-entrevista-bob.html>>. Esta entrevista fue realizada sobre la base de este libro que aquí prologamos.

más de 30 años de trabajo no se enfrenta de una sentada. No está de más tener cerca diccionario y lápiz. Y la certeza de que con la teoría del Estado solo se han enfrentado los grandes pensadores de la política.

EL ESTADO QUE ANTES TE MATABA, AHORA NO TE DEJA VIVIR

Cuando el conejo se mueve, es más difícil acertarle. Los cazadores avezados cuentan con que se mueve en zigzag y que, incluso, salta. Pero no es fácil darle a un conejo. Acertarle al Estado es algo todavía más difícil. Porque el Estado se mueve aún más. Vaya si se mueve. Aunque a tan poderoso animal —con un animal bíblico, el Leviatán, lo comparó Hobbes— conviene acertarle. Por mucho que se mueva y aunque lo haga de manera desconcertante. Porque no se mueve solo.

El Estado condensa demasiadas cosas. Carga con el peso del pasado y ese fardo es agotador. Refleja todas las peleas de una sociedad. Su memoria recuerda, como una cicatriz, cuando los conflictos los ganaron los colonizadores blancos sobre los negros, los conquistadores igualmente blancos sobre los indios, los ricos sobre los pobres, los hombres sobre las mujeres, los protestantes sobre los católicos o los católicos sobre los protestantes. Pero ninguna victoria fue absoluta y ninguna victoria es para siempre. Espartaco, derrotado, terminó después de muerto por vencer a los que lo crucificaron. Nada es para siempre. Igual que la sociedad se mueve, se mueve el Estado y se mueven las ideas. En el pasado están las preguntas. Las respuestas son del presente. La pregunta que hace Bob Jessop es muy pertinente: ¿es posible llegar a saber cómo se mueve el Estado?

El Estado se mueve impulsado por la sociedad y, al tiempo, impulsa a la sociedad para que se mueva (o para que se esté quieta). Solo con mirar el conflicto entre el capital y el trabajo se entiende que los movimientos son telúricos. El Estado se mueve, por ejemplo, desde ese tiempo y lugar donde la plusvalía se obtenía principalmente de los trabajadores. Así era a finales del siglo XIX y, en esa situación, la lucha del trabajo contra el capital es frontal. Otra bien diferente es esa donde la innovación tecnológica dispara la productividad y logra un mayor consentimiento de los obreros, como ha ocurrido en “la edad de oro socialdemócrata” después de la Segunda Guerra Mundial y hasta los años ochenta. Pero las cosas nunca se quedan quietas, y el Estado vuelve a moverse en un tiempo en el que se multiplican las máquinas y hay que regresar a extraer la máxima ganancia de los trabajadores

alargando las jornadas, reduciendo los salarios, abaratando los despidos o intensificando el trabajo. Todo cobra entonces otros contornos.² Y lo que vale para medir el Estado en Europa no vale para tomarle la talla en América Latina o en África. Europa tiene que hacer más hincapié en que el Estado forma parte del problema aunque también de la solución, y en América Latina y África tienen que entender mejor que el Estado forma parte de la solución aunque también del problema. La “línea abismal” que separa el norte del sur no permite mirar de la misma manera lo que en unos lados se solventa con regulaciones y en otros con violencia, de la misma manera que los déficit institucionales son más papeletas para el sorteo de las democracias fallidas.

¿Qué queda y qué se marcha? Los muebles sobrios de IKEA son un reflejo nórdico del protestantismo que abominó del lujo de Roma, al igual que los petos, que evitaban los ostentosos cinturones, y si en Estados Unidos no ha triunfado el fútbol, que es deporte nacional en Gran Bretaña, es porque cuando llegaron los peregrinos del Mayflower los juegos de cintura para abajo no eran agradables a los ojos de Dios. De la misma manera, los conflictos que tienen que ver con las bases económicas de una sociedad, al afectar a la supervivencia de los seres humanos, tienen la capacidad de hacer que sus cicatrices sean más hondas. Aunque los edificios que albergan los ministerios sigan siendo los mismos. El Estado —en sus instituciones, en las leyes, en las tradiciones que le acompañan, en los relatos en donde se explica, en la lectura que de él hacen las sociedades— ha ido incorporando señales del aprendizaje respecto de las primeras protestas obreras que cobraron cuerpo en el siglo XIX. El Estado, como un ensamblaje de instituciones y organizaciones, ha desarrollado mecanismos nuevos capaces de extender el conformismo y desactivar la eficiencia de las protestas. Hay una conclusión con muchas consecuencias: no se puede entender el Estado sin saber qué ocurre con los conflictos sociales. Una de las claves del momento neoliberal actual tiene que ver con que los conflictos ya no afectan ni al núcleo del Estado ni al núcleo del capital. La capacidad revolucionaria de la huelga queda tan lejos como la toma del Palacio de Invierno o los comienzos del cine. Los golpes de Estado ahora se dan sin bombardear casas de gobierno, las series están cambiando el concepto del cine y los sindicatos son incapaces de marcar los contornos de un mundo laboral en creciente robotización.

Difícil acertarle a algo tan movedido como el Estado. Por si fuera poco, no existe consenso alguno acerca de si realmente se trata de algo que se

2. Boaventura de Sousa Santos, *El milenio huérfano*, Madrid, Trotta, 2011.

pueda definir, de si es posible resumir sus funciones o si hay que irse fuera del mismo para saber cómo es por dentro. El Estado, evidentemente, no es un conejo (en la España de la Transición tuvo fortuna el chiste acerca de los servicios secretos de la URSS, Estados Unidos y España enfrentados al reto de encontrar al conejo más grande del mundo. Los soviéticos hallaron, gracias al KGB, uno de 90 kilos en la zona más oriental de las estepas de Siberia. La CIA, más desarrollada tecnológicamente, llevó al concurso otro de 105 kilos atrapado en la frontera con Canadá, cerca de Bretton Woods. La guardia civil española llegó con un camión y colocó en el peso a un elefante, al parecer de Albacete, con los colmillos rotos, los ojos morados, varios huesos quebrados y que repetía constantemente “soy un conejo, soy un conejo”). Tampoco el Estado es, pese a muchas metáforas, un elefante; ni siquiera el de aquella habitación oscura que hace caer en el error a los jóvenes monjes con los ojos vendados que lo confunden con el tronco de un árbol, otro con una serpiente, aquel con un barco con las velas desplegadas y un último negando incluso su existencia y explicando que solo había allí una pared rugosa. En ese caso tantas veces repetido, el maestro de los monjes les hizo entender que si hubieran compartido sus puntos de vista se hubieran acercado a saber qué había en la habitación. Pero opinar sobre el Estado no permite acuerdos tan sencillos ni repetir lugares comunes, pues su definición se convierte en una tarea militante. Si es cierto que el conflicto es la esencia de lo político (la única manera de que desapareciera la necesidad de la política en una sociedad es que desapareciera el conflicto), todos los conceptos políticos son conceptos en lucha, que pueden caer del lado de la emancipación o del lado de la regulación (dime quién define la democracia y te diré su alcance). La izquierda académica dedicó una larga parte de los años setenta y ochenta a discutir con un exceso de celo acerca de qué es el Estado. En las muchas definiciones iba casi siempre una voluntad de verlo como problema o como solución. La propuesta de Bob Jessop en aquella discusión es más luminosa: el Estado es muchas cosas, incluso algunas inmateriales, y lo que haga va a depender de lo que le obligue la sociedad. Porque el Estado es, ni más ni menos, una relación social.

Hace un siglo, si alguien hubiera afirmado que el Estado iba a hacerse cargo de la educación de los hijos, quitándole esa responsabilidad a las familias, o que iba a controlar en los países europeos entre el 40% y el 60% de la riqueza, o que iba a legislar el diámetro de un pepino según unos estándares compartidos para la exportación, hubiera sido tomado como un loco. (No en vano, hoy hay cosas que hacen los estados que perfectamente pueden

ser vistas como una locura por cualquier persona juiciosa). En el último siglo, el Estado se ha movido de manera vertiginosa, incluso confundiendo a los expertos. Pensar que autores serios daban por muerto el Estado en los ochenta es llamativo (no murió: simplemente estaba mutando al servicio del neoliberalismo).³ El Estado parece el mismo en muchos países —con leyes y constituciones, ministros, ventanillas, policías, jueces y diplomáticos, representantes en Naciones Unidas y funcionarios de prisiones, televisiones y relaciones con las iglesias—, pero no hay dos países donde eso que identificamos como sus estados sean idénticos entre sí. El Estado en Venezuela ha tenido la consideración de “mágico” (conseguidor) y, al tiempo, es profundamente ineficiente porque la renta del petróleo le permitió extraer la plusvalía a los países que compraban el producto y nunca necesitó, hasta la llegada de Hugo Chávez en 1998, ser palanca de cambios ni movilizar funcionarios. En España, el modelo capitalista rentista y de compadreo construyó la España centralista de las provincias, y la condición imperial de los Reyes Católicos, a los que se atribuye la creación del Estado español, expandió el catolicismo, pero nunca ató en corto una idea de nación. En Afganistán se llama Estado al acuerdo histórico entre diferentes señores de la guerra que desprecian las órdenes de Kabul y que sigue arrastrando la lenta islamización histórica, la ausencia de salida al mar y la intervención militar británica. Queda por saber si, por llamarse Estado en todos lados, estamos hablando de lo mismo. En definitiva, se trata de entender “algo” que, como rezaba un grafiti urgente en una pared, antes te mataba y ahora no te deja vivir. Un Estado que antes era despótico —te mataba— y que se ha ido haciendo “infraestructural”, es decir, que controla las estructuras de la sociedad —y, por eso, es capaz de no dejarte vivir—.

¿PUEDE HABER UNA TEORÍA DEL ESTADO? LA *STAATSLEHRE* CONTRA DONALD TRUMP

Enfrentar una teoría del Estado es heroico porque es una operación suicida. Varias veces insiste Jessop en la inutilidad de construir una teoría general del Estado, así como de buscar una teoría general “de su decadencia, crisis o fallo”. Buscar la “esencia” del Estado, nos dice Bob Jessop, es algo imposible, debiéndonos contentar con el desarrollo de herramientas teóricas y metodológicas que presten utilidad para estudiar su funcionamiento y desarrollo.

3. Juan Carlos Monedero, *Disfraces del Leviatán. El papel del Estado en la globalización*, Madrid, Akal, 2017.

La honestidad sobre las dificultades a la hora de entender el Estado lleva a callejones conceptuales muy oscuros donde a veces es legítima la pregunta acerca de si merece la pena el esfuerzo de entenderlo. Por eso Jessop ofrece aproximaciones alternativas para enfrentar el conocimiento del Estado, que permitan completar el diagnóstico. Convertir en categorías de investigación las más astutas descripciones de un comportamiento estatal (por ejemplo, la que desarrolla el Marx del *18 de Brumario de Luis Napoleón Bonaparte* sobre aquel golpe de Estado, o los trabajos de Gramsci sobre la Italia en formación). Es más fácil describir un comportamiento y atribuir intenciones y capacidades que armar un marco teórico que pueda aplicarse en cualquier ocasión. Incluso cuando se asumen las propias limitaciones. ¿Merece la pena el esfuerzo de aproximarse a una explicación del Estado y de sus capacidades?

Donald Trump, el presidente de los Estados Unidos que ganó las elecciones en 2017 contra el pronóstico de politólogos y expertos, escribe un tuit y tiene efectos prácticos sobre la vida de millones de personas. No se le presupone el mínimo conocimiento —ni interés— en la teoría del Estado y es bastante improbable que haya leído a Bob Jessop. Pero ha usado el Estado como si sus capacidades fueran las herramientas de un cirujano loco (podía despedir por mensajero al jefe del FBI mientras este daba una charla sobre el pluralismo en el FBI, de la misma manera que el FBI pareció tener vida propia durante la campaña electoral americana al tiempo que, yendo un paso más allá, esa decisión abría caminos llenos de sorpresas sobre el futuro del presidente norteamericano, en especial por sus relaciones con el enemigo histórico de los Estados Unidos, Rusia, para impedir que Hillary Clinton ganase las elecciones). Los primeros 100 días de Trump llenaron las páginas de la prensa mundial con el mismo mensaje: el presidente empresario no había cumplido prácticamente ninguna de sus promesas de campaña e, incluso, había tenido que dar marcha atrás y hacer lo contrario de lo que había prometido sobre unos cuantos asuntos. ¿Le hubiera ayudado la teoría del Estado a probar otros rumbos? A la fuerza ahorcan. Trump tuvo que saber sobre la marcha de estructuras y personas con poderes peculiares que respondían a razones diferentes a las que decidiera el mismísimo presidente de los Estados Unidos (el propio FBI, los servicios de inteligencia de otros países, la industria armamentística, el Pentágono, las empresas exportadoras e importadoras, su propio partido, los medios de comunicación, otros presidentes, el Vaticano, los científicos, los organismos internacionales y un largo etc.). Pero Trump siguió pudiendo poner un tuit y movilizar con ese mínimo gesto a millones de personas, mientras que las

páginas que aquí se presentan son una invitación a la prudencia epistemológica y están llenas de matices y preguntas que a menudo paralizan las respuestas. Mientras, el “clic” ya ha actuado, el tuit surca el cielo digital y el mensaje ha llegado a sus receptores. ¿Habría cambiado algo una correcta comprensión del Estado?

No está siendo una rareza encontrar en trabajos de madurez de científicos honestos el reconocimiento de las limitaciones de las ciencias sociales (valga como ejemplo la obra de Jon Elster, *La explicación del comportamiento social: más tuercas y tornillos para las ciencias sociales*). Quizá sea cierto que antes se podía saber más porque se sabía mucho menos. La definición de la política como un “arte” no es sino la asunción de la impotencia a la hora de evaluar objetivamente la información disponible y tomar una decisión que acierte. La intuición del político, ¿vale más que la ciencia de la política? En tiempos del *big data*, quien maneja esa información global sabe más que el más intuitivo de los políticos. Si las máquinas pueden vencer al mejor ajedrecista, quizá sea verdad que el ajedrecista siempre puede liarse a martillazos con la máquina. ¿Liarle a martillazos con el *big data*? ¿Liarle a martillazos con el Estado? ¿Liarle a martillazos con la teoría del Estado? La propuesta de Jessop sigue siendo clara: mejor, antes de los martillazos, conocerlo.

CON EL MARXISMO, CONTRA EL MARXISMO, MÁS ALLÁ DEL MARXISMO

El programa de fundación de la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania de 1900 sirve de excelente resumen del “consenso ortodoxo” del marxismo acerca del Estado en una parte no desdeñable de la discusión:

El Estado es hoy una organización que está al servicio del capital, todos sus movimientos están dictados por los intereses del capital; los gobiernos solo aplican actualmente la voluntad de la clase capitalista. La tarea, por lo tanto, de la clase obrera debe ser abolir esta forma de Estado, arrancar el Estado de las manos del capitalismo para transformarlo de tal manera que pueda empezar a servir a los intereses del pueblo. Solo rompiendo el poder político del capitalismo, solo derrotando al Estado político, los trabajadores pueden alcanzar su objetivo: la abolición de la explotación, garantizar el bienestar de toda la masa de los trabajadores.⁴

4. Citado en Eric Blanc, “Las raíces de 1917: Kautsky, el estado y la revolución en el Imperio zarista”, en <<http://www.sinpermiso.info/textos/las-raices-de-1917-kautsky-el-estado-y-la-revolucion-en-el-imperio-zarista>>.

La lectura crítica de Jessop arranca de los años ochenta, donde una parte del marxismo había caído en lecturas mecanicistas torpes que solo funcionaban como herramientas ideológicas al servicio de la visión maniquea del mundo construida entre el bloque occidental y la URSS. La obra de Jessop es una lectura crítica de la economía política capitalista. Si bien, conforme ha ido avanzando en sus investigaciones ha ido prestando mayor atención también al peso de los asuntos culturales (de hecho, en 2013 publicaría junto con Ngai-Ling Sum, *Towards a cultural political economy: putting culture in its place in political economy*) y a la ecología política (la consideración de la tierra como una “mercancía ficticia” que depreda el medioambiente). Buen lector de Marx y de Gramsci, Jessop sabe que la “pretensión, presentada como postulado esencial del materialismo histórico, de dar cuenta de toda fluctuación de la política y de la ideología como expresión inmediata de la estructura tiene que ser combatida en la teoría como un infantilismo primitivo, y en la práctica hay que combatirla con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas”.⁵ Para explicar la política no basta mirar la economía; ni siquiera en tiempos de crisis.

En sus trabajos iniciales, Jessop siempre ha querido otorgar luz a los procesos que orientan las economías capitalistas (guiadas por la búsqueda de un beneficio realizado a través del mercado). También a las diferencias entre la forma Estado y el tipo concreto de Estado capitalista (como dos asuntos cercanos, pero que no hay que confundir). El Estado es la expresión más clara de la política en las sociedades capitalistas, y su fuerza y sus crisis son un elemento esencial para entender las relaciones entre la economía y la política. Asunto relevante de estudio también ha sido la enrevesada trama que acompaña los procesos políticos y económicos donde cada elemento afecta a los demás (coevolución), donde son precisamente las relaciones la variable independiente —la que obliga a las demás— y lo contingente tiene una enorme relevancia, contrariamente a la primacía que siempre ha recibido lo “necesario”. De esta manera, se produce un acoplamiento (palabra esencial en Jessop) de los diferentes ámbitos sociales que dificulta la coordinación en las tareas políticas y no permite simplificaciones tan accesibles como falsas (como que los intereses económicos “determinan” todo). No es que no haya constricciones estructurales: es que el futuro no está escrito e, incluso, inventando un oxímoron, la misma necesidad también es contingente.⁶ No pretende hacer Jessop un galimatías, sino que quiere hacer justicia a la complejidad de la vida social y a los

múltiples ángulos que cubren el Estado. Esto obliga a los científicos sociales a tatuarse una premisa que posee la misma fuerza que tiene para los jueces la pregunta *cui prodest?* (¿quién se ha beneficiado?): ¿cómo opera en cada momento la correlación de fuerzas entre clases sociales y fracciones de clase? Los planes del capitalismo nunca están cerrados y sin el papel de los actores no pueden entenderse las estructuras. El Estado no es algo que pueda obrar por sí mismo, y ni siquiera el FBI ni Donald Trump pueden hacer con el Estado lo que les venga en gana. Aunque sin duda tienen más poder que Bob Jessop.

La mera luz nos impide ver cómo sería lo que observamos al margen de la luz. La propia observación cambia lo observado. Algo parecido ocurre con el Estado, donde las ideas sobre el mismo confunden nuestra observación. Si un policía nos da el alto, aceptamos sin duda por las consecuencias y porque leemos su condición de agente estatal. De lo contrario, pudiera ser que no nos pareciera sensato que interrumpiera nuestro camino. De la misma manera que, en circunstancias de normalidad social, solo porque leemos en el policía una idea de “interés general” que acompaña al Estado es que le obedecemos. Quizá sea en la teoría del Estado, como decimos, donde la ciencia política muestra más su impotencia: pueden gobernarse estados, crearlos, derribarlos sin la más mínima necesidad de escuchar su teoría. No en vano, *El príncipe* de Maquiavelo era un manual de política para profesionales de la política torpes y sin muchos escrúpulos. Sin embargo, Jessop acota el asunto cuando dice que hay algo común a todas las discusiones sobre el Estado: la conclusión de que las formas estatales siempre incorporan “los esfuerzos por establecer, ejercer y consolidar el poder político sobre la población de un territorio específico”. El Estado, dice Michael Mann, tiene los mismos comienzos que la mafia: ofrecer defensa de sí mismo, argumentando con un bien superior. Es decir, *te haré una oferta que no podrás rechazar...*

Más allá de esta condición coactiva que es propia de todo lo político (que trata de metas colectivas de obligado cumplimiento y que, por tanto, siempre están en conflicto), las posibilidades que ofrece Jessop para abordar al Estado son múltiples. Muchas avenidas que conducen al *downtown*, al corazón de la ciudad. Jessop se atreve a una definición, apuntando que el núcleo del aparato del Estado —ya no es solamente el Estado, sino un “aparato”— es un conjunto ensamblado de instituciones y organizaciones más o menos unificadas que, además, están reguladas socialmente y empotradas en la sociedad, y están sometidas a la “selectividad estratégica” (el mayor acceso que tienen algunas demandas al aparato del Estado y, por tanto, la mayor probabilidad para verlas satisfechas). La función del Estado, aceptada

5. Bob Jessop, *ibid.*

6. María Natalia Bermúdez, Daniel Groisman y Victor Mazzalay, “Introducción”, en Robert Jessop, *El Estado como relación social*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2013.

por la sociedad, es definir y reforzar colectivamente las decisiones vinculantes que ese Estado ejerce sobre los miembros de la sociedad dentro de un territorio dado. Esa función consentida tiene que ver con la condición coactiva del Estado y se explica porque se hace en nombre del interés común o la voluntad general de una comunidad política imaginada y anclada territorialmente —una comunidad política que se piensa a sí misma como tal comunidad y se identifica con ese territorio—.

Con esta definición, Jessop incorpora los tres elementos clásicos de la *Staatslehre*, de la “teoría del Estado” alemana, inaugurada por Georg Jellinek a principios del siglo XX:⁷ el *Staatsgewalt* —el aparato del Estado—, el *Staatsvolk* —la población— y el *Staatsgebiet* —el territorio—. Jessop añade un cuarto elemento, la *Staatsidee*, la idea de Estado, es decir, la referencia colectiva compartida acerca de cuáles son los objetivos del Estado. La idea de Estado opera como la idea de Dios (como el nombre de Dios): construye aquello que nombra. Es esencial porque, como dice Jessop, las luchas por los imaginarios políticos y estatales pueden terminar siendo decisivas en la conformación de la naturaleza y los intereses del Gobierno. La idea de Estado es esencial. Un pueblo, en un territorio que es administrado por un cuerpo político, se articula como “pueblo” cuando se imagina a sí mismo en relación con una idea del Estado. Las comunidades se imaginan a sí mismas en virtud de ideas de lo colectivo donde lo que deba ser el Estado es esencial desde que existen los estados modernos. Y por eso son tan cambiantes. No es extraño, por tanto, que por este libro planeé también el papel de la nación y sus dificultades, el hibridismo propio del momento y las dificultades de la supranacionalidad, como se expresan en la Unión Europea y también en los foros sociales mundiales que apuntan a la idea de una “sociedad civil global”. Y cómo, de la misma manera, el poder se ha hecho igualmente global y saca fuera del Estado todo lo que le permite controlar un territorio y el Estado no le deja. Demasiadas cosas, dentro y fuera. No es tarea de perezosos enfrentar la teoría del Estado.

Este aspecto, del que pende la legitimación del Estado y la hegemonía (cuando las ideas hegemónicas operan, el Estado es visto como legítimo), entronca con una idea profunda de la comprensión del Estado que ya aparece en el argumento de Trasímaco de *La República* de Platón: no basta la coacción para conseguir obediencia. Jessop conecta con los trabajos de Gramsci, de Laclau, de Mouffe sobre el papel central del discurso, pero sin olvidar la matriz marxista que le ayuda a no magnificar la capacidad performativa del

lenguaje —la capacidad de construir realidad del lenguaje—. ⁸ En conclusión, la mirada de Jessop construye sobre la teoría clásica del Estado —territorio, población y administración— e incorpora un cuarto elemento que añade complejidad y profundidad al análisis estatal. Aún más en sociedades como las actuales, saturadas audiovisualmente y rehenes de la apariencia de realidad que otorgan los medios. Si se ha afirmado que “Dios no existe pero funciona”, podríamos decir algo similar del Estado: incluso aunque no exista, incluso aunque no se pueda explicar, incluso aunque se ignore: funciona. Porque la gente cree en lo que dice. Porque el Estado se expresa en su poder. Porque el Estado no existe sin gente. Porque el Estado es una relación social.

UN PENSAMIENTO ALTERNATIVO DE ALTERNATIVAS: MIRAR EL ESTADO COMO UNA RELACIÓN SOCIAL (EL ENFOQUE ESTRATÉGICO-RELACIONAL)

Jessop desarrolla su propia mirada: el enfoque estratégico-relacional (EER), intentando salir de las trampas en las que ha estado entretenido el análisis crítico del Estado durante muchas décadas. Las interpretaciones marxistas, como decíamos, exageran la coherencia estructural de la dominación de clase. Y pueden llevar perfectamente al desastre. Como cuando en la Unión Soviética de Stalin se consideró que las leyes de Mendel, junto a la genética, eran “pseudociencia burguesa”, saberes que se comportaban como “prostitutas del capitalismo”. Esa triste lectura generó el profundo atraso soviético en genética. Todo es siempre más complejo. De ahí que haya que mirar la población, el territorio, el aparato estatal y la “idea de Estado” que se usa en cada caso y momento. De ahí que las estrategias económicas, los proyectos estatales y las visiones hegemónicas sean tan relevantes. Decíamos que el Estado se mueve, y eso dificulta su interpretación. Puede llevarse más lejos:

8. La discusión de Jessop con Laclau tiene que ver con la afirmación de este último de que “todo es político”, quebrando las distinciones con la economía y debilitando la materialidad de la lucha de clases. Como dice Jessop: “Una cosa es observar que las estructuras tienen una historia, que son producto de prácticas sociales y que podrían haber evolucionado de modo diferente; y otra muy distinta sugerir que las estructuras pueden ser transformadas simplemente revelando su contingencia histórica y deconstruyendo sus discursos asociados”. La economía no es simplemente una esfera discursiva carente de una base material al margen del discurso, de la misma manera que la identidad de clase y los antagonismos que genera no son iguales a otras identidades y antagonismos. Laclau hace una mala lectura de Gramsci al ignorar la diferencia entre una hegemonía *arbitraria, racionalista y voluntarista* y otra hegemonía “orgánica”, capaz de movilizar cambios que funcionen (*Quedem del carcere*, Q 7, § 19). Esta diferencia serviría a su vez para diferenciar entre un “populismo de derechas” y otro de “izquierdas”. Véase Bob Jessop, “Entrevista con Juan Carlos Monedero y Carlos Prieto”, en <www.publico.es/opinion/renovacion-pensamiento-gramsci-entrevista-bob.html>.

7. Georg Jellinek, *Teoría general del Estado*, México, FCE ([1900] 2004).

el Estado es Jekyll y también el señor Hyde. Puede comportarse de una manera brutal, llevando su capacidad de aniquilación al extremo —es la Modernidad aplicada al Holocausto, como explicó Bauman— o puede organizarse para cuidar de sus hijos más desvalidos, comportándose en el día a día como un apacible padre y madre de familia que financia con esfuerzo colectivo la reproducción y los cuidados. Crea el Estado social y el *apartheid*, la tolerancia religiosa y la caza de brujas, el New Deal de Roosevelt y el New Deal for America de Ronald Reagan. Porque ni está nada determinadamente escrito ni tampoco puede descartarse que el Estado obre como aprendiz de brujo y se le vaya la paz social de las manos.

El Estado, insiste Jessop, tiene “tendencias”, no determinaciones estructurales necesarias. Cuando Miliband dice desde el instrumentalismo que el Estado tiene como función esencial defender los intereses de las clases dominantes, tiene razón en uno de los extremos, pero también la tiene Althusser cuando afirma desde el estructuralismo que su fin es asegurar la cohesión social en sociedades divididas en clases. Las funciones del Estado no ayudan a su clarificación. Levantar los tejados y ver la sala de máquinas es una operación titánica. Porque las estructuras cambian a los agentes y los agentes cambian las estructuras. Porque las estructuras llevan el sello de una “selectividad estratégica” y porque el modo de actuar de los agentes, que son reflexivos —como somos los seres humanos— está igualmente tatuado con las marcas de las estructuras y, al mismo tiempo, por su potencial de tatuar a las estructuras y orientarlas en diferentes direcciones. Porque el Estado está empotrado en la sociedad y sus herramientas están entremezcladas con otras ancladas en ella. Porque el capitalismo vive, como explicó Polanyi en *La gran transformación*, de convertir en mercancías recursos que no genera y no termina de controlar (la gente, la tierra, el conocimiento, el dinero) y porque el ser humano, reflexivo, no acaba de estar de acuerdo con que lo exploten, cuestión esencial en las sociedades capitalistas. Porque el conejo no deja de moverse.

Analizar el Estado y su poder, su capacidad de actuar, tiene el riesgo de querer recordarlo todo. Como en el cuento de Borges “Funes el memorioso”. En esa historia, Funes, una persona con una memoria prodigiosa, es capaz de reconstruir cada instante, el pasado más inmediato. Tiene la inquietante capacidad de reproducir en su mente el más insignificante de sus detalles, que son siempre un paso previo inevitable para lo que ha sucedido después. Esa memoria absoluta impide en realidad pensar, porque para poder pensar hay que olvidar. De lo contrario, entrar en la realidad se convierte en una enumeración exhaustiva de todos los casos y posibilidades de un cielo

estrellado en una noche despejada donde resultaría imposible dibujar constelaciones. Las taxonomías pueden matar a las ciencias sociales. De ahí este esfuerzo inconmensurable de Jessop (estamos hablando de 30 años trabajando con rigor estos temas) que ayude a separar el grano de la paja, que guíe, que construya un método (*methodos*, camino). Una obra que nunca leerá Donald Trump, pero que pone tarea a los politólogos. (Si los politólogos son necesarios, es otra pregunta que habrá que contestar en otro momento).

La paradoja está servida: el trazo grueso equivoca y el fino pincel eterniza y paraliza. La ciencia política rigurosa se enfrenta al riesgo de no poder ser operativa. Es verdad que las enumeraciones excesivas pueden llegar a confundir y dejar la sensación de que siempre se podrían añadir aún más categorías. Cuando Jessop quiere señalar el declive, fallo o retroceso del Estado, propone una batería de razones, algunas aparentemente contradictorias, pero todas potencialmente presentes. En este ejemplo que quiere ser exhaustivo enumera en este libro: “Pérdida de control sobre el territorio estatal por catástrofe, conquista, fusión o secesión, el ascenso del gobierno multimillonario, el desarrollo del poder dual dentro de un territorio cuando unas fuerzas ocupantes y revolucionarias cuestionan la soberanía, o la aparición de reclamaciones de autoridad extraterritorial o inmunidad (o ambas)”. Y podríamos pensar: ¿y por qué no por una apropiación cibernética del país por una minoría? ¿O una renuncia de las mujeres a asumir ni un solo contrato social más que les obligue a cargar con las tareas de cuidados y reproducción? ¿Y la llegada de alienígenas pacíficos o crueles —cierto que no parece muy probable—? ¿Y un Gobierno mundial motivado por alguna causa mayor? La ciencia quiere agotar las posibilidades. Trump opera sin el más mínimo conocimiento de lo que sea el Estado. ¿Pueden reconciliarse estos extremos?

Recordemos algo esencial para que este libro no se convierta en callejón sin salida. Jessop no ofrece “frescos claustros” donde tranquilizar la conciencia, y ni siquiera soluciones prácticas por donde articular una alternativa, sino “miradas” consecuentes, científicas, observables, que permitan a los científicos sociales acercarse al Estado con certezas. Rezaba un cartel del 15-M en el Madrid indignado —el que pondría fin al régimen bipartidista nacido de la Constitución de 1978—: “Los políticos saben tanto de política como los pájaros de ornitología”.

Entender el Estado como una “relación social”, una idea basada en el trabajo del griego Nicos Poulantzas que está en el núcleo del pensamiento de Jessop, abre muchos caminos. Jessop demuestra las limitaciones de entender al Estado como una mera “cosa” (un conjunto institucional) o como un

mero “sujeto” (un almacén de capacidades políticas y de recursos con los que operar en la sociedad). Al igual que le ocurre al capital, el Estado es una relación social: “Estoy proponiendo una tercera opción entre el estructuralismo fatalista y el instrumentalismo voluntarista. Para decirlo de nuevo, esta opción se remite a la concepción estratégico-relacional del Estado como una relación social, una relación entre las fuerzas políticas mediada por la materialidad institucional del sistema estatal”.⁹

La otra gran inspiración es Gramsci. El Estado en Gramsci es “sociedad política + sociedad civil”. El estado integral, las actividades prácticas y también las teóricas “con las cuales la clase dirigente no solo justifica y mantiene su dominio, sino que también logra el consenso activo de los gobernados”. Más en concreto, afirma Jessop: “La definición de Gramsci del Estado —o, mejor, del poder del Estado— como ‘el conjunto integral de actividades teóricas y prácticas mediante las cuales las clases dominantes no solo justifican y conservan su dominio, sino que logran también ganarse el consenso activo de aquellos a quienes dominan’ ensancha la comprensión del Estado”. Y continúa: “Entenderlo como ‘sociedad política + sociedad civil’ o, dicho de otro modo, como hegemonía blindada de coerción” fue un paso adelante, que va más allá del reduccionismo de *El manifiesto comunista*. Lo que nos lleva a otra idea que abre rumbos diferentes: por más que intentemos saber qué es el Estado, con quien nos relacionamos en realidad es con “el poder del Estado”. En otros términos, se trata de analizar el ejercicio y los efectos del “poder del Estado”, entendido como una expresión contingente —no necesaria— de “un cambiante balance de fuerzas —la correlación de fuerzas— que quiere alcanzar sus respectivos intereses ‘dentro, más allá y en contra del sistema estatal’”.

Jessop resume su planteamiento recordando que el Estado no es un “sujeto racional” ni una “máquina preprogramada para servir habilidosamente y en todas las ocasiones a los intereses del capital”. Más allá, el Estado es una relación social trenzada en una complicada red de “contradicciones, dilemas, tensiones y antagonismos”. Y concluye: “Podríamos reescribir del siguiente modo la descripción aforística del Estado efectuada por Gramsci: el Estado es ‘el gobierno + la gobernanza a la sombra de la jerarquía’, en lugar de afirmar, como hacía Gramsci originalmente, que es ‘la sociedad política + la sociedad civil’ o ‘la hegemonía blindada por la armadura de la coerción’”.¹⁰ Detrás de esta complicada afirmación hay algo no tan oscuro: el Estado, en el siglo XXI, opera en la sociedad y la sociedad opera en el Estado; ambos se acompañan, se moldean,

se toleran y se reconocen: el Estado solo puede operar con el reconocimiento social y la sociedad sabe que la coerción que posee el Estado siempre está ahí, sea para organizar los crematorios o salvar a la población de un tsunami. De ahí que, necesariamente, el trabajo de Jessop empiece por el Estado, pero nos lleve a las palabras que construyen el Estado, salte a la idea del poder y de ahí llegue a la gobernanza como un espacio de reparto del poder donde las fronteras clásicas del Estado se difuminan por arriba, por abajo y por los lados.

La mirada de Jessop, en definitiva, nos permite ver más lejos.

¿PARA QUIÉN TRABAJA EL ESTADO? LA SELECTIVIDAD ESTRATÉGICA

El Estado, sostenía Poulantzas, no es neutral ni una herramienta pasiva. Al igual que ocurre con el capital, mantenía el politólogo griego, el Estado “es una relación social de fuerzas, o, más precisamente, la condensación material de tal relación entre las clases y las fracciones de clase”. La polémica entre Kautsky y Lenin acerca de la vía parlamentaria o la vía revolucionaria y, por tanto, respecto del papel del Estado, no puede entenderse fuera del contexto de la época y de las condiciones particulares de cada país. Es evidente que los estados arrastran el peso de su pasado (la *path dependence*, esto es, la dependencia de la trayectoria). Es esta la que explica, por ejemplo, las tensiones territoriales en España en el siglo XXI al haberse construido por agregación durante la Reconquista a partir del siglo VIII y con una lógica imperial; o los problemas de eficiencia en Venezuela durante su intento de construir un socialismo caribeño en un país que nunca fue un virreinato —al carecer de minas apenas se articuló con una capitánía general en el siglo XIX para gestionar la exportación de cacao—; o la burocracia China, un país que tenía estructuras estatales mucho antes de que los Reyes Católicos unieran sus reinos, para asombro de Maquiavelo en el siglo XVI.

En esa línea, recuerda Jessop, la globalización, el desarrollo tecnológico y las nuevas complejidades sociales han traído formas más blandas de gobierno compartido entre el Estado y otros ámbitos sociales (movimientos, empresas, instancias supranacionales, niveles diferentes del Estado), es decir, lo que entendemos por *gobernanza*, así como la privatización de ámbitos estatales o el trabajo compartido entre lo público y lo privado, todo ello mezclado con las formas legales y políticas tradicionales que, en conjunto, han generado una nueva forma de Estado que, por lo general, escapa de la

9. Bob Jessop, *op. cit.*

10. *Ibid.*

política tradicional de la izquierda. Esto no se entiende buscando la “esencia” del Estado. Al revés, hacen falta instrumentos metodológicos para estudiar las “formas cambiantes, las funciones y los efectos” del Estado. Porque el Estado está lejos de ser una “cosa unificada y sustancial” o un “sujeto unitario”.

Los sujetos que operan en el Estado o en su entorno nunca son unitarios, nunca tienen toda la información de las condiciones que afectan a sus intereses (y, por tanto, a sus estrategias) y no tienen garantías de que sus fines sean alcanzados con éxito. Dice Jessop que, de hecho, lo que ocurre para la mayoría de los sujetos es lo contrario. Esta insistencia de Jessop en huir de cualquier mecanicismo, su insistencia en los cambios constantes que operan en la sociedad (identidades, intereses, recursos, metas, estrategias, tácticas), así como los efectos que estos cambios tienen en las estructuras y las consecuentes transformaciones de las restricciones, parece contradecir otros elementos que también aparecen en su trabajo, como el peso de la trayectoria pasada o la capacidad de algunos grupos económicos de mantenerse en los aparatos de influencia del Estado o, incluso, el mantenimiento en el *who is who* social de algunas familias con vocación de permanencia secular.

Lo que nos está diciendo Jessop es que siempre hay en las sociedades de clase conflictos de clase, que se resuelven en virtud de la correlación de fuerzas. El Estado es un abigarrado conjunto de organizaciones y constituciones que lleva en su piel marcada la forma en que se han solventado los conflictos en el pasado. Pero que puede cambiar de piel si la correlación de fuerzas así lo permite. Aquí aparece un problema que podríamos llamar “de énfasis”. En la lectura habitual del papel del Estado se identifica sin mayor complejidad la influencia desmesurada de los grupos que detentan el poder económico de una sociedad, por lo general vinculado hoy al poder mediático, a la capacidad de influencia cultural y al dictado de los valores hegemónicos (como decía Marx, los valores dominantes son los valores de las clases dominantes) e, incluso, a la capacidad de dictar variadas formas de estado de excepción (como el golpe de Estado contra Dilma Rousseff en Brasil en 2016, el control mediático de la oposición en la Argentina de los Kirchner, el control de espacios relevantes de la justicia en la España de Mariano Rajoy, la autonomía del Ejército y del narco en el México de Calderón o Peña Nieto, etc.). Detrás hay algo en lo que el planteamiento de Jessop podría hacer más énfasis: la condición representativa del Estado. Porque el Estado moderno, siempre, es representativo, de manera que, por definición, siempre habrá una minoría con capacidad de dictar a la mayoría las metas colectivas de obligado cumplimiento. Esa minoría tiene la capacidad, por la condición representativa del Estado, de hacerse, en los términos de

Norbert Lechner, “consistente” e imponerse a las mayorías. De manera que siempre hay un sesgo de poder invariable en el Estado con una mayor predisposición a ponerse al servicio de las minorías con capacidad de densificar su consistencia y lograr una unidad de intereses. No está escrito que deba ser así, pero hay una tendencia a que sea así.

Jessop, consciente de estos problemas, establece que hay seis dimensiones del Estado que, vistas desde su importancia dentro del EER, tienen sus correspondientes crisis. Jessop ofrece una posibilidad de mirar con orden y lógica el Estado o, más específicamente, el poder estatal. Eso es el EER: unas gafas, como decíamos, para ver lo que está oculto. Se trata de mirar al Estado desde una matriz con seis celdas. Por un lado, tres aspectos formales del Estado: la representación política, la arquitectura institucional y la intervención estatal en la sociedad. Por otro, tres aspectos estratégicos, es decir, hacia dónde opera el Estado: la creación de bases sociales, los proyectos que pone en marcha el Estado y construyen “estatalidad”, y las visiones hegemónicas, esto es, las ideas generalizadas sobre la marcha del actuar del Estado. Desde esta perspectiva (véase la tabla 3.1), a cada una de estas seis dimensiones le corresponde una crisis: a los modos de representación le corresponde una crisis de representación (que la ciudadanía rompa con la autorización que se deriva de, por ejemplo, unas elecciones); a los modos de articulación del Estado le corresponde una crisis de integración institucional (por ejemplo, cuando hay un choque entre el legislativo, el ejecutivo o el poder judicial); a los modos de intervención estatal, una crisis de racionalidad (la incapacidad del Estado de encontrar respuestas eficientes a los problemas sin que se genere exclusión); a las bases sociales del Estado le conciernen las crisis dentro del bloque de poder y la desafección con los partidos y con el Estado, así como disturbios, guerras civiles y revoluciones. En cuanto al proyecto de Estado, tenemos que la capacidad del mismo de operar se rompe y le acompaña la crisis de legitimidad, de falta de confianza social en el Estado; y a la visión hegemónica del Estado (los objetivos y propósitos colectivos del Estado) le concierne la crisis de hegemonía, es decir, cuando existen modelos de explicación alternativos con mayor apoyo social o, incluso aunque no existan esas alternativas, los argumentos sobre el orden existente carecen de credibilidad. Esas dimensiones del Estado generan igualmente seis ámbitos de estudio que dan cuenta de los potenciales problemas que, desde posiciones críticas, se han señalado en las últimas décadas: el desigual acceso al Estado y las desiguales capacidades para resistir al Estado fuera de él; la desigual capacidad para definir y articular posiciones; los diferentes modos y mecanismos de intervención; los desniveles en la

distribución de recursos materiales y simbólicos entre el “pueblo”, dirigidos a conseguir el apoyo al *statu quo*; la fragmentación del sistema estatal y su ineficacia correspondiente; y la provisión de legitimidad en virtud del bien común.

Una aplicación a vuelapluma de este esquema al Estado actual nos lleva a concluir que, en buena parte del mundo occidental, el Estado está sufriendo todas estas crisis. Pero, nos recuerda Jessop, esto es así pero no necesariamente tiene que ser así. Aunque en este punto, y si pensamos en el desmantelamiento actual del paréntesis de Estado social vivido en Europa entre 1945 y los años ochenta, queda la percepción —¿no científica?— de que falta hacer más énfasis, como señalaba, en la capacidad de las minorías consistentes en armar herramientas políticas que no cuestionan su capacidad de beneficiarse de manera privilegiada de las ventajas de la vida social. Jessop contestaría: ¿acaso el EER, que se basa en la capacidad de dominación de clase, no otorga precisamente las categorías adecuadas para analizar este asunto? De hecho, el libro termina con la incompatibilidad entre el modelo neoliberal transnacional y la democracia.

El EER nació para entender la dominación de clase a través del Estado en un contexto de equilibrio de fuerzas políticas. Esta visión siempre insiste en dos cosas: el desigual acceso al Estado, el beneficio que otorga su selectividad estratégica y los imaginarios políticos hegemónicos en la sociedad, que siempre están marcados, como ya se ha dicho, por el peso del pasado. De ahí la necesidad de incorporar tanto a las estructuras y a los actores junto con sus relaciones. Queda explícita así la importancia del “contexto estratégico de la acción y del poder transformador de las acciones” (en verdad, algo que ya está en *El príncipe* de Maquiavelo al juntar *virtú, fortuna y necessità*). Esto es relevante, porque de lo contrario se estaría negando, como a menudo se ha hecho desde las organizaciones de izquierda, que las luchas obreras no hayan cambiado el Estado, considerado desde esa lectura simplista como “el consejo de administración de los intereses conjuntos de la burguesía”, como reza *El manifiesto comunista*. Jessop sigue su cruzada personal contra el mecanicismo: “Las estructuras son solo *estratégicamente selectivas* en lugar de *absolutamente restrictivas*”, es decir, “hay un margen para que las acciones superen, eludan o socaven las limitaciones estructurales”. Resume Jessop: “La constitución histórica y formal de los estados siempre ha sido resultado de luchas pasadas y es reproducida (o transformadas) en y a través de la lucha”.¹¹

11. Ibid.

Es esencial ver cuáles son las estrategias de los actores. Al Estado lo han usado los poderosos —personas con capacidad para forzar que algunas cosas pasen o para que no pasen— en aras de mantener su poder. Cuando están fuera, tienen la capacidad de activar otros resortes desde la sociedad o se han hecho fuertes en lugares parciales del Estado que podían controlar (así hizo McCarthy en la caza de brujas o es el *modus operandi* en los golpes de Estado). Al concentrar tantos recursos, en especial la fuerza, el Estado es muy eficaz siempre. Aunque sea para organizar un genocidio o desatar una guerra. Pero su propia complejidad acredita saber usarlo y conocer sus limitaciones (por ejemplo, ni siquiera el más poderoso de los presidentes, regresando a Trump, puede hacer lo que quiera con los funcionarios sin obtener algún grado de consentimiento). Por el contrario, controlando a jueces y Ejército, lo demás se facilita. Esa estrategia del Estado siempre tendrá una vertiente económica —vivimos en sociedades capitalistas—; otra institucional, junto con una visión hegemónica sobre qué es el Estado y para qué sirve en relación con el conjunto de la sociedad. Estas estrategias, nos insiste Jessop, beben de imaginarios.

Las ideologías, como veíamos, pueden ser arbitrarias, especulaciones que tienen una relación limitada con la realidad (y que son inviables) o pueden ser ideologías orgánicas, que identifican asuntos que existen potencialmente, es decir, que se pueden llevar a cabo. La dominación de clase, por tanto, puede ser económica, política e ideológica. Pero tiene que haber coherencia institucional e ideológica entre las tres. El bloque hegemónico es un conjunto más amplio de fuerzas populares nacionales movilizadas por un proyecto hegemónico concreto. Como dice Jessop, debe reflejar la unidad histórica de las clases dominantes, de las clases secundarias, de los movimientos de masas y también de los intelectuales. Implica que hay una clase o una fracción de clase que ha sido capaz de ejercer el liderazgo político, intelectual y moral sobre las clases dominantes y, de la misma manera, sobre las fuerzas populares. El bloque histórico es una relación de apoyo mutuo entre la base económica, las organizaciones jurídico-políticas y el ámbito moral e intelectual.

La selectividad estratégica, explica Jessop, no tiene que ver con que el Estado escoja sus propias estrategias, ya que esto implicaría una lectura del Estado como un ente racional o como un sujeto neutral en manos de quienes están al mando del mismo. Para Jessop, el Estado está cruzado por asimetrías de poder, y esas asimetrías son las que permiten a determinados grupos acceder de manera más fácil que otros a los mandos estatales o que determinadas políticas sean más fáciles de implementar que otras. Desconocer cuáles son esas asimetrías puede llevar a las fuerzas políticas de cambio a ser como la

mosca que choca y choca repetidamente contra el cristal de la ventana. Las luchas fuera del Estado —pero que miran al Estado— son esenciales para abrir la posibilidad de las luchas dentro de él o las que pueden cambiar la forma constitucional del Estado. En definitiva, se trata, plantea Jessop regresando a Gramsci, de buscar un camino intermedio entre “la sobreestimación fatalista de las causas mecánicas y la exageración voluntarista de lo que puede lograrse mediante la mera voluntad individual o colectiva”.¹²

DICCIONARIO, LÁPIZ Y PACIENCIA A LA BÚSQUEDA DE LA DEMOCRACIA PERDIDA

A la forma de Estado capitalista le conviene la democracia siempre y cuando no se ponga en peligro el capitalismo. Afirma Jessop: “La democracia liberal burguesa es la forma ‘normal’ del Estado capitalista, es decir, la forma de Estado formalmente adecuada en las sociedades en las que no solo predomina un capitalismo organizado de manera racional, sino que la acumulación orientada a la obtención del beneficio a través del mercado es además el principio dominante de la organización social”.¹³

Es una suerte de mátrix frente a la evidencia de un Estado depredador. La teoría liberal y la teoría democrática, mestizadas e influenciadas mutuamente durante el siglo XX, siempre se divorcian cuando en las crisis económicas los centros de poder deciden romper con las exigencias democráticas (en especial, con cualquier derecho social de contenido económico). Es el momento, desde ese poder y para evitar una alternativa, de dictar la imposibilidad de cambio alguno, de construir *grosse Koalitionen*, de buscar populistas de derechas o de abrir una deriva autoritaria. Fue el caso en 1929, en 1973 y a partir de la crisis de 2008. Cuando se rompe la hegemonía, entra el autoritarismo. En el momento en el que las crisis políticas e ideológicas no se pueden resolver a través del juego democrático, las instituciones democráticas son interrumpidas o eliminadas y las crisis se resuelven a través de una “guerra de maniobras” que se olvida de las maneras formales de la democracia.

En la forma capitalista del Estado, la democracia es un factor simplemente funcional. Jessop usa el aforismo de Marx: allí donde la explotación toma la forma de intercambio, la dictadura *puede* tomar la forma de democracia. Esto forma parte del intercambio entre democracia y liberalismo:

¹². Ibid.

¹³. Ibid.

unos no usan la política para revertir el poder social del capital, ni el capital usa su poder social para frenar las ganancias políticas del pueblo. Al igual que ocurre en la fase actual, la intervención del Estado es esencial para sostener la rentabilidad del capital, y de ahí que el Estado tenga que frenar la participación política popular.

Hay libros de los que uno sale desafiado. Este es uno de ellos. Por tanto, reclama mucha paciencia, tiempo, diccionario cerca. Y una lectura de largo aliento. Para analizar la política hay que partir de una paradoja irresoluble: el ser humano es un animal social y, por tanto, está sometido a una tensión constante entre su condición individual —que prima la supervivencia individual—, y la condición social —que prima a los otros como condición necesaria del propio ser individual (sin aprender algún lenguaje en la infancia tenemos retraso mental, y otorgar algún sentido a la vida requiere a los demás)—. Esto hace que todas las sociedades tengan conflictos y que la política sea el subsistema social encargado de gestionarlos, de la misma manera que la economía hace otro tanto con la escasez, el derecho lo suyo con el problema de la desintegración social y la cultura su parte con la creación del cemento individual y social de la identidad que evita la angustia de saber que vamos a morirnos sin darle sentido a nuestra vida. El Estado ha sido el gran articulador del conflicto. Después de muchas idas y venidas en la ciencia política, Jessop insiste en algo real: los acuerdos políticos no se van a hacer solamente con el Estado, pero van a estar “a la sombra de la jerarquía” que recoge el interés del conjunto leído como tal por la mayoría crítica de la sociedad (la minoría con capacidad para convertir sus deseos en realidades).

El trabajo de Jessop se mueve en un elevado nivel de abstracción. Corremos el riesgo, es verdad, de diseñar una navaja suiza que también sea excavadora, martillo, escalera, torno, sierra radial, taladradora, gato para el coche, bomba de inflar bicicletas, telescopio, microscopio, sartén, plato, cantimplora y cuantas cosas más quepan en nuestras necesidades. La perspectiva suena prometedora. Pero ¿es posible? ¿No estaremos construyendo una herramienta teórica que se comporte como una multifuncional navaja suiza que, a fuerza de complementos, sea completamente inútil? Volviendo a Borges, podemos concluir que el único mapa que no defrauda a los cartógrafos es el que coincide puntualmente con el territorio. Aunque ese mapa es inútil para los que simplemente quieren surcar los mares o atravesar los continentes. Pero ¿qué hacer cuando la propia realidad es así de intrincada?

La política y la economía son ámbitos autónomos, con su lógica propia pero que se afectan mutuamente, como ocurre con los demás ámbitos

sociales. Todos los espacios de la sociedad están, como veíamos, “acoplados estructuralmente”, y si bien la economía capitalista de mercado tiene un espacio dominante, todos estos espacios “coevolucionan” enfrentándose, apoyándose, vigilándose. No vale establecer sin más que la economía es el ámbito que marca el rumbo de todos los demás. Un mensaje de Jessop no deja de repetirse: huir del mecanicismo. Analíticamente se puede sacar a la política de la sociedad y hacer otro tanto con la economía y reclamar su autonomía. Pero la autonomía de la política, como la autonomía de la economía, olvida la humanidad de la sociedad. Ni la política es como la serie *Juego de tronos* ni la economía puede borrar de la faz de la tierra sin conflicto a millones de personas que no son rentables en sus balances económicos. *Juego de tronos* es a la política lo que una película pornográfica al amor, y las decisiones económicas neoliberales, basadas en la autonomía de la economía, son a la economía lo que los campos de concentración a la sociabilidad humana.

Jessop propone abrir vías muy productivas. ¿Puede hacerse algo en un tiempo en el que el capital financiero está enfrentado al capital industrial y al capital comercial productivo? “Un aspecto importante de cualquier estrategia de izquierda progresista debería consistir en limitar los mercados concernientes a las cuatro mercancías ficticias más importantes —la tierra, la fuerza de trabajo, el dinero y el conocimiento—, lo cual contendría la expansión de la relación capital, que depende crucialmente de estas cuatro formas de mercantilización ficticia”.¹⁴

El neoliberalismo usó el poder económico para construir poder mediático y, después, acceder al aparato del Estado, desde donde desreguló, cambió planes de estudio, monopolizó los medios de comunicación, cambió valores, recompensó a los fieles y persiguió con saña a los adversarios. Convirtió el Estado de bienestar keynesiano en un *Workfarestate*, un “Estado trabajista” al servicio de la acumulación y no de la integración social.¹⁵ En definitiva, fue desde el Estado donde el neoliberalismo —ese modelo social que apuesta por una sociedad compuesta por seres humanos convertidas en empresarios de sí mismos, individuales y enfrentados entre sí— se construyó como un sentido común. El momento histórico en el que se desarrolla, con una enorme debilidad de la clase obrera, ha permitido que sus crisis pretenda resolverlas “*failing forward*”, esto es, cayendo hacia delante, ofreciendo más ración de las mismas recetas que han generado las crisis. De ahí que todas las crisis señaladas (de representación, institucionales, de racionalidad, de credibilidad social de la

política y del compromiso con la paz, de legitimidad y de hegemonía) se estén dando de manera simultánea. Porque el modelo neoliberal implica un nuevo contrato social que marca la confrontación de los sectores privilegiados con las mayorías conscientes. Otra vez, la correlación de fuerzas aparece en el trabajo de Jessop —como en el de Marx, como en el de Gramsci, como en el de Poulantzas— como el gran articulador de la suerte del Estado y de la sociedad:

Esto implica que para los intereses capitalistas tiene mucha mayor importancia limitar el acceso y la participación populares en este orden político-económico emergente, a fin de que el poder político no se utilice para socavar el poder social del capital. Esta dinámica explica la tendencia cada vez más poderosa hacia el estatismo autoritario, el recurso a los estados de emergencia económica y los intentos de marginación de las fuerzas democráticas. Se trata, pues, de una situación caracterizada por una tendencia de muy largo plazo: la creciente importancia de lo que yo denomino las diversas formas de capitalismo político. En este modelo, los beneficios dependen cada vez más de los vínculos mantenidos con el Estado, de prácticas económicas predatorias y de la fuerza y la dominación antes que de un libre mercado genuino y de la organización racional de la producción, la circulación y la distribución capitalistas. En otra época, esto se denominó capitalismo monopolista de Estado. Esta tendencia se ve fortalecida, sin embargo, por el surgimiento del neoliberalismo y la difusión de la acumulación dominada por el capital financiero a escala global y por la gestión de los Estados partidarios de la austeridad en la Unión Europea.¹⁶

Obrar con lo que existe no reclama saber cómo funciona, mientras que usar algo de manera diferente implica un conocimiento para evitar el fracaso de antemano. Es más fácil que el Estado sea contrarrevolucionario a que sea revolucionario. En el primero de los casos, el Estado es usado para mantener lo que existe, defender el *statu quo*, mientras en el segundo de los casos se estaría usando para cambiar el orden de las cosas. La inercia institucional tiene un enorme peso. Igual ocurre con el Parlamento: es más sencillo que se dé un golpe de Estado parlamentario —como decíamos, es lo que ocurrió en Brasil con Dilma Rousseff y es lo que se intentó en Venezuela después de las elecciones parlamentarias de 2016— a que desde el Parlamento pueda cambiarse sustancialmente la democracia, por ejemplo, en España, incluso cuando hubiera una mayoría parlamentaria de un partido transformador.

A la búsqueda del “buen gobierno” y desde la consciencia de la historia de fracasos de las prácticas emancipadoras, Jessop planteó en uno de sus

14. Ibid.

15. Véase Bob Jessop, *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008.

16. Entrevista, *op. cit.*

trabajos de los años noventa que había que asumir, con la desesperanza que eso implica, la imposibilidad de coordinar completamente la marcha de la sociedad. Pero se posicionaba, sin decirlo, en ese “pesimismo esperanzado” o en ese “optimismo trágico” de Boaventura de Sousa Santos que tanto bebe del Gramsci que pedía acudir al optimismo de la voluntad para frenar el pesimismo de la inteligencia. Se trataba de buscar una orientación autorreflexiva que permita respuestas y explicaciones en caso de fracaso y “una ironía autorreflexiva, en el sentido de que los participantes deben reconocer la probabilidad del fracaso, pero seguir adelante como si el éxito fuera posible”. Explorar, tras un análisis certero del presente, los límites que tiene la acción política —experimentar, diría Boaventura de Sousa Santos—, consolidar los logros y aprender de cada error. La ironía, por tanto, como una vacuna metodológica (y la risa como herramienta revolucionaria). Una ironía, termina Jessop, que no solo incorpora entender que el fracaso “es una característica esencial de todas las relaciones sociales”, sino que debe aplicarse también a la propia adhesión a una política emancipadora.¹⁷ Ironía en tiempos de cambio. Cuando teníamos las respuestas nos cambiaron las preguntas. En un contexto de cambio civilizatorio, en donde el neoliberalismo trae consigo cambios antropológicos en nuestras vidas cotidianas, la ausencia de certezas nos va a obligar a, como dice García Linera,¹⁸ cabalgar contradicciones. Como la luz, la política va a ser onda y partícula, partido y movimiento, consumo y sostenibilidad, firmeza y retaguardia, acción colectiva y repliegue privado, generosidad colectiva y egoísmo particular, renta básica y meritocracia, municipalismo y Estado central, Estado central y globalización, liderazgo y participación, especialización e interdisciplinariedad, tradiciones y progreso, autorregulación y regulación pública, propiedad privada y bienes comunes, intereses particulares e intereses generales. El Estado va a ser el amigo y el enemigo. Tanta confusión, que obliga al ensayo y error, solo puede ser mitigada con una gran deliberación colectiva. La participación consciente y cualificada no es retórica democrática. Es antídoto contra el autoritarismo. Con ciertos tintes dramáticos de urgencia.

17. Bob Jessop. “El ascenso del ‘buen gobierno’ y los riesgos de fracaso: el caso del desarrollo económico”, en Bob Jessop, *El estado como relación social*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2012.

18. Álvaro García Linera, *Las tensiones creativas de la revolución*, La Paz, Vicepresidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, 2010.

PREFACIO

Este libro es el último de una serie no planificada sobre teoría del Estado, sobre los estados y sobre el poder estatal que refleja coyunturas que varían e intereses que cambian. Difiere en tres aspectos fundamentales de sus precursores. Primero porque, en vez de centrarse en los estados capitalistas de posguerra o en los estados de las sociedades capitalistas, aborda la genealogía del Estado, la periodización de la formación del Estado, los estados contemporáneos y las probables tendencias futuras que se pueden apreciar en el presente (en otras palabras, los futuros presentes). Segundo, porque, al reflejar un ámbito más amplio, ofrece un marco conceptual para el estudio del Estado que puede emplearse en otros contextos, puede incorporarse a otros enfoques teóricos y también aplicarse desde diferentes perspectivas. Tercero porque, aunque recurre a diversos enfoques teóricos y de vez en cuando proporciona críticas concisas, no trata de establecer una nítida línea divisoria entre ellos, sino sintetizarlos donde sea posible y útil. De ahí que, incluso cuando me centro en un enfoque particular, aprecie también posibles vínculos, intersecciones o paralelismos con otros enfoques que no se desarrollan aquí.

Este libro se apoya en muchos años de dedicación intermitente a cuestiones de teoría del Estado y de investigación crítica sobre estados concretos, sobre todo de Europa. En otro tiempo me he centrado más en la crítica

de la economía política, en especial del capitalismo de posguerra, así como del desarrollo del mercado mundial y de sus tendencias a la crisis. Esto explica por qué mi análisis a menudo adopta como punto de partida la teoría del capital o la teoría de clases. Pero, como ya se ha mencionado, esta es una de las muchas opciones, ninguna de las cuales se puede privilegiar basándose en aspectos apriorísticos, sino solo en términos de su capacidad explicativa frente a problemas concretos y en contextos específicos (véase capítulo 3). Muchos investigadores han influido en mi interpretación del Estado mediante sus reflexiones y sus análisis históricos o mediante discusiones personales conmigo —y no en pocos casos por medio de incisivas críticas—. Mis interlocutores personales saben quiénes son y su influencia es evidente en el texto y en las citas.

Quiero mencionar ocho fuentes de continua inspiración: Nicos Poulantzas, a quien solo vi una vez, pero a cuyo trabajo vuelvo con regularidad, en busca de ideas y nuevos estímulos; Alex Demirović, incansable y entusiasta fuente de inteligencia crítica y conocimiento teórico; Joachim Hirsch, que escribió algunos de los mejores análisis históricos materialistas del Estado y los ha aplicado críticamente a Alemania; Jupp Esser, que enfatizó la importancia de una rigurosa comprobación empírica de las afirmaciones de la teoría del Estado; Martin Jones, quien me introdujo en la geografía económica y política y que durante muchos años ha sido un coautor y un interlocutor comprensivo. Su influencia es evidente en el capítulo 5 y en todo el libro; Ulrich Brand, que me recuerda que el compromiso teórico puede combinarse con el activismo social y político; Michael Brie, que me dio la bienvenida a la Fundación Rosa Luxemburgo de Berlín y resaltó la importancia de una unidad emancipatoria de teoría y práctica, y, en último lugar, pero no menos importante, Ngai-Ling Sum, con quien he estado elaborando un giro cultural en la economía política que tiene implicaciones tanto para el Estado como para el análisis económico.

Tengo que agradecer especialmente a Louise Knight y a Pascal Porcheron, de Polity Press, por impulsar y dirigir amablemente este libro en los estadios finales de su escritura hasta su entrega en 2015. La versión final del texto se benefició de los comentarios de Colin Hay y de tres evaluadores anónimos. Igualmente se benefició de la culta y altamente profesional corrección de Manuela Tecusan.

La composición de este libro fue emprendida en parte durante una beca de investigación docente financiada por el Economic and Social Science Research Council (Consejo de Investigación en Ciencias Económicas y

Sociales, ESRC), 2011-2014, con fondos RES-051-27-0303. Ni el ESRC ni los amigos y colegas antes mencionados son responsables, por supuesto, de errores y omisiones en el texto. De hecho, la habitual descarga de responsabilidades se aplica aquí con especial énfasis.

Dedico este libro a la memoria de Jupp Esser, colega alentador, interlocutor crítico y querido amigo que murió de cáncer, demasiado pronto, en 2010.

La Haya
21 de marzo de 2015